

que con la ayuda del Altísimo, va a derrotar a los oscuros y potentísimos ejércitos revolucionarios.

Las batallas van a ser numerosas, y más cuando en los tiempos que nos toca vivir, no han de ser las militares las que nos ocupen, sino las políticas y civiles. Y en estas nuevas circunstancias la estrategia y la táctica, social-política, tienen que ser replanteadas de nuevo y una vez más.

Por eso, desde la COMUNIÓN CATOLICO-MONARQUICA

hacemos un llamamiento a todos los carlistas tradicionales — y a todos los buenos españoles católicos —, para que dentro de los cuadros orgánicos del Carlismo, nos ayuden a combatir en la guerra que, desde hace siglo y medio, sostenemos contra la Revolución; y colaboren, desde la gloriosa COMUNIÓN, en el servicio de la Santa Causa de Dios, de la Patria foral, y del Rey Legítimo, como nos pidió paternalmente, en su testamento, nuestro gran Rey Don Carlos VII y lo exige la sangre de nuestros Mártires.

Perspectiva del Carlismo - II

Hojas y Raíces

271

Por Francisco Elías de Tejada

Los árboles se visten con verdes nuevos cada primavera en la pompa abrilena de sus hojas. El sol, que viene de fuera, brinda calor para una reafirmación palpable de la vida; es el acicate que enciende en savia la oculta fecundidad de las raíces.

Mas el sol es solamente el incitante; la fuerza hondísima brota de la tierra profunda y es de la tierra profunda de donde viene la poderosa vida que cuaja en la alegría pomposa de las hojas y de las flores. El árbol que anidase las esperanzas de vivir en la claridad del sol, perecería agostado. La savia, que es la vida, mana de la interioridad y de la hondura. Desde fuera no recibimos jamás la sustancia verdadera de la existencia.

No faltan ocasiones en que la misma vida aparece por reacción contra las llamaradas del sol, casi como una exteriorización de protesta contra la brillante claridad que incita. Es un diálogo vibrante de la cálida humedad interna que a tientas oscura y sabiamente se defiende de la robusta amenaza de los rayos del sol. El sol provoca la vida, pero la vida discurre por sus cauces propios.

Tal cual las plantas que de la tierra peculiar ganan la sustancia de sus vidas, incitadas por la amenazante quemazón del sol extraño, las Españas han corrido los ciclos de su historia el diálogo fecundo de su personalidad cristiana y estoicamente senquista cara a cara con la incisiva alucinación del sol europeo. Nuestro pasado está escrito en esta conversación armada, es la dialéctica de las reacciones de nuestros temperos esenciales sin cesar incitados por el conjuro enemigo de la Europa vecina. La condición única de la historia de los pueblos españoles está en el dinamismo activísimo con que siglo tras siglo hemos planteado nuestro ser como un contraste con el ser de los demás. Nuestro quehacer no fue jamás un monólogo de hombres encerrados en la circunstancia de su suelo o de su estilo pintorescamente folklórico; por el contrario, fue tensión permanente de combate, aventura frente al tiempo que pasaba, esfuerzo por detener la horas en el abril de nuestra primavera histórica, afán de lucha en la certeza de que nuestra vida colectiva sólo era hacedera en la medida en que adquiría timbres de redonda universalidad clavada en un devenir que soñábamos eternidad en nuestras manos.

En otros pueblos ha mandado el sol ajeno. Los vientos que desplazaban la nubecilla intermedias de las coyunturas de las batallas o de las dinastías eran el azar que regulaba gentes abiertas a lo de fuera, sin reacciones vigorosamente capaces de reafirmar polémicamente la propia calidad. En las Españas, por el contrario, existir fue siempre pelear por afirmar la propia sustancia histórica, porque ha sido nuestro sino el que siempre nos hayan puesto en discusión los otros.

Tal fue en lo militar y en lo cultural el período de los ocho siglos que duró la Reconquista. Mucho se insiste en la efectividad de las ósmosis culturales que tuvieron lugar en Córdoba o en Toledo mezclando aspectos diversos de la filosofía o del lenguaje, de las formas políticas o de los gustos artísticos; pero para nuestros abuelos tales hechos no pasaron de episodios menudos que en nada empecen al rasgo fundamental de que en aquellas ocho centurias fue lidiada una cruzada entre dos religiones que entrañaban dos civilizaciones diferentes. El complejo de inferioridad que hoy aqueja a la civilización cristiana delante de la islámica, signo de la decadencia que atraviesa la podrida Europa que cumple el ciclo de agonía que nuestros clásicos preveyeron, se refleja entre nosotros en el apasionamiento por probar somos un pueblo a medias árabe. ¡Como si ello fuere título de honor y no sentimiento de vergüenza para los hidalgos bien nacidos! Semeja el panorama cultural presente estar presidido por un anhelo por degradarnos desde la condición de cristianos viejos a la de moriscos; quien lea algunos discursos y ciertos artículos de prensa estimará que estamos casi por pedir perdón a los islámicos por haber recuperado el suelo de la Península, cual si necesitase excusas aquella primera afirmación de las Españas que fue la Reconquista simplemente porque la verificamos del único modo en que se han hecho siempre las magnas afirmaciones históricas: a peso de sangre y con las armas en el puño. Cuando la verdad es que las Españas nacieron ya bajo el signo de la discusión polémica porque estuvieron pendientes del albur de las batallas desde sus primera alboradas en Covadonga o en San Juan de la Peña.

Signo de discusión que nos diferencia del resto de los pueblos occidentales. Durante la que se denomina edad media los burgueses que vendían paños en Flandes o los aventureros ingleses que peleaban en Palestina mandados por Ricardo Corazón de León poseían la seguridad de unos hogares donde su existencia discurría bajo el rescoldo de la tranquilidad. Era dable la aventura en país extraño; pero siempre estaba a mano la salida del retorno a la tranquila monotonía cotidiana. Fue este sentimiento de frontera, de saberse sin cesar amenazados en la raíz misma de la vida íntima, lo que generó estas Españas adustas y violentas, fanáticas de Dios y de sus reyes. Al tener que ganar arma al brazo la paz del hogar todos los días nuestros abuelos alumbraron la gracia de un catolicismo intransigente, de una idolatría del honor y de un sentido ascético del mundo: intransigencia, honor y ascetismo cultivados en la tensión austera de vivir a la sombra de las espadas combatientes.

Con este sentimiento nos enfrentamos con la coyuntura mayor del Occidente, con la quiebra de la civilización de la Cristiandad y el nacimiento de la

civilización europea. Cada árbol florece según su condición y en cada flor alienta la savia sacada de la tierra donde clava las raíces. Nuestras raíces humanas fueron la pasión de la universalidad, sabernos los baluartes de la Cristiandad ante los asaltos continuados de la morisma; el riego fecundo de la sangre de

los que murieron en el logro de la hazaña de mantener las cruces de Cristo sin que las segaran los alfanjes de la media luna; las hojas verdes de esperanza la convicción de que nuestro quehacer secular era algo bendecido por Dios, de que éramos los soldados de Dios empeñados en la empresa universal de ser instrumentos de su gloria.

LIBROS DE LANCE

Por Vicente Genovés Amorós

El Cardenal Segura y la "Teología de la Liberación" (y II)

Nota bibliográfica: *¡DIOS... POBRE! Conferencias Pastorales del Emmo. y Rmdo. Sr. D. Pedro Cardenal Segura y Sáenz, Arzobispo de Sevilla, en La Palma del Condado. Sevilla. Editorial Católica Española, 1948*

En las predicaciones del Cardenal Segura era singularmente admirable su capacidad pastoral: "La primera gracia que he pedido siempre a Nuestro Señor —decía— era la de que me iluminara para saber escoger el tema, por un lado interesante y por otro lado provechoso y adaptado a la capacidad de los oyentes". Y ciertamente, en aquellas Conferencias de La Palma del Condado escogió un tema interesante y supo desarrollarlo de un modo provechoso y adaptado a la capacidad de un auditorio sencillo y humilde.

"La ley fundamental del Reino de Jesucristo es la caridad. La caridad, la ley protectora del pobre; la caridad, la ley defensora del oprimido, la ley consoladora del atribulado... *En esto conocerán todos que sois mis discípulos*, dijo Jesús al tiempo de morir, *en que os améis unos a otros*". Y continuaba el Cardenal con palabras rotundas: "Entre las leyes impuestas por el Creador a la sociedad figura una cierta, clara, evidente, indeclinable. ¡Oído bien, obreros, jornaleros necesitados de fortuna que dentro y fuera del templo me estáis oyendo! La obligación de la clase poderosa de emplear en bien de los necesitados los medios de que disponen. Y esto en virtud de la ley más fuerte, más que la fuerza bruta, la ley de la caridad, que es la que arrastra los corazones. A la fuerza bruta se la puede resistir, a la ley del Imperio humano se la puede defraudar, pero a la ley de la caridad no se la puede resistir ni defraudar sin sanción divina".

Pero "si el rico no cumple con su deber, Jesucristo no dice al pobre: rebélate, vengate. No, ésta es la lucha de clases que Jesucristo reprueba. No irrita a aquél, no le excita a la usurpación y a la venganza, sino que, volviéndose al hombre de entrañas duras, al rico despiadado, le recuerda que su Señor y su Juez está en los cielos, que hay un Dios vengador, que escucha hasta los deseos de los pobres, que el clamor del desnudo, del hambriento, del enfermo que padece y expira en el desamparo y en la miseria, sube hasta las gradas del trono del Altísimo, y que el Altísimo presta atento y bondadoso oído a los lamentos del infortunio y se reserva castigar en la otra vida a los corazones despiadados, si es que ya en ésta no hace sentir los efectos de su terrible cólera permitiendo, como permite hoy, espantosas catástrofes". "Que Jesucristo no aprobó ni con su conducta ni con su doctrina la lucha de clases, se demuestra palpablemente abriendo el santo Evangelio". Y cita concretamente la conversación del rico Zaqueo, y el pasaje de S. Mateo VI-36 ("Buscad primero el reino de Dios y su justicia, etc.).

Don Pedro Segura y Sáenz era hijo de maestros y por ende procedía de familia económicamente modesta; profundamente conocedor de la psicología de las gentes humildes, enfocaba sus predicaciones de un modo certero: Hace observar que "Jesucristo comenzó obrando, para terminar enseñando. Primero nos enseñó con el ejemplo, y después nos aleccionó con la doc-

trina". Y nos presenta a Jesucristo como *pobre*, pobre en todas sus cosas, pobre en cuanto le rodea... Nace pobre, vive siempre pobre y muere pobre"; el Cardenal describe con clara exposición esos diversos aspectos de la vida de Jesús: "Ni siquiera tiene para nacer una casa... Viene a nacer en un establo. ¡Obreros! ¿Lo habéis pensado bien? Dios naciendo en un establo de bestias, desamparado... ¡Nace pobre!". "Vive pobre": En el destierro de Egipto, en su casa de Nazaret, hijo del carpintero y trabajando en trabajos rudos. "Predicó pobre": El y sus discípulos vivían de limosnas... "Pobre en todo el ambiente que le rodea", en sus discípulos, doce pobres pescadores; él no escogió a ningún rico; el único un poco mejor acomodado era Mateo, mas renuncia a todo lo que tiene, y pobre sigue a Jesucristo". "¡Fuere pobre; por morir pobre, no tiene ni una prenda de vestido que dejar como recuerdo a su Madre. Es más, se desprenden hasta de su misma Madre, para dejárnosla en legado a nosotros."

Después del ejemplo de su vida, llega la predicación de Jesús: "*Bienaventurado los pobres... Venid a Mí* (Mat. XI-28) *todos los que estáis trabajados y angustiados por las necesidades del cuerpo o del alma. Venid a Mí todos los que estáis agobiados, que yo os aliviaré*". Y esa doctrina de Jesucristo no sólo lleva "la resignación al pobre, sino la alegría y hasta el triunfo, en medio de su pobreza": "¿Qué nos enseña en síntesis Jesucristo pobre? Nos enseña, a los que seamos pobres, a estar conformes con la voluntad de Dios, sin ambiciones desmedidas. A los que ocupen una posición desahogada, a dar de lo que les sobre, para a los pobres hacerlos buenos y hacerles bien... manifestando en su favor un espíritu de desprendimiento, haciendo, cuando la oportunidad se ofrezca, los sacrificios que la caridad reclama y que la naturaleza misma nos inspira con la compasión excitada en nuestros pechos a la sola vista del infortunio".

En la última de sus conferencias de La Palma del Condado, el Cardenal proclama que "la pobreza es la aristocracia del Reino de Dios". En la Iglesia Santa, que es el Reino de Dios hay dos aristocracias, una invisible y otra visible, una interna y otra externa. La verdadera aristocracia de la Iglesia son los santos. Pero como la aristocracia muchas veces permanece oculta, aunque otras veces se manifiesta por sus efectos "se puede llamar" aristocracia interna ó oculta de la Iglesia, los santos. Estos ordinariamente aparecen después que han muerto, y entonces vienen los procesos de la Iglesia a declararlos aristócratas, por medio de la beatificación o canonización. Pero hay también una aristocracia externa, "y es necesario reconocer, según el testimonio de Santos Padres y Doctores, que esa aristocracia la componen los pobres. Desde un principio, la Iglesia tuvo predilección por los pobres, las viudas y los huérfanos". El Cardenal multiplica las citas: Así, San Lorenzo presentando al tirano los po-